

10. Otras dimensiones de la experiencia peronista 229

El peronismo y la extensión del bienestar social. Salarios, consumo y vivienda. Salud pública y turismo social. Educación y cultura. Los que se fueron: ¿intelectuales peronistas? Imágenes del pasado (I). Imágenes del pasado (II)

Bibliografía 251

TERCERA PARTE
1930-1943

5. La disputa política, de un golpe a otro

Poco después del golpe de estado de 1930, quedó claro que el radicalismo, a pesar de haber sido desplazado del gobierno, contaba aún con apoyo popular. Su retorno a la lucha electoral en 1935 supuso nuevas complicaciones para el oficialismo, una alianza inestable y heterogénea articulada por el general Justo, que recurrió al fraude masivo para controlar la sucesión. En numerosas ocasiones, los mismos dirigentes que apelaban a ese mecanismo sostenían su apego a los principios constitucionales y a las leyes vigentes. Mientras tanto, crecía la importancia del ejército al momento de definir situaciones políticas. En un cuadro ya conmocionado por la Segunda Guerra Mundial, el período se cerró en 1943 con un nuevo golpe militar.

Los términos del problema

Entre el golpe de estado de 1930 y el de 1943, las disputas políticas en la Argentina fueron múltiples, complejas, libradas por numerosos actores y muy intensas, lo que contrasta con la opinión que sostiene que se trató de un enfrentamiento entre dos contendientes –“coloniales” frente a “nacionales”, o autoritarios frente a democráticos– que habría ocupado toda la escena. A su vez, el contexto general en el que esas disputas tuvieron lugar cambió con rapidez en varias oportunidades, tanto por razones vinculadas a la situación local como a la internacional, sacudida primero por la crisis de 1929 y sus efectos, luego por la Guerra de España (1936-1939) y, finalmente, por la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Al mismo tiempo, las posiciones y estrategias de los diferentes partidos cambiaban, al menos en algunos de sus puntos, en función de aquellas transformaciones y también de las maniobras que ensayaban sus adversarios en la Argentina.

Desde el punto de vista ideológico, se asistía al desarrollo de varios fenómenos importantes y relativamente novedosos: una crisis de la mirada liberal sobre el mundo, que excedía el plano local y era más profunda que las anteriores; ciertas reorientaciones en las posiciones de los grupos de izquierda, varios de los cuales pasaron de la certeza en la inminencia de la revolución a la consideración de otras vías para alcanzar la reforma social; el ascenso de actitudes que, sin ser del todo uniformes ni nuevas, se proclamaban nacionalistas, en muchos casos vinculadas al catolicismo. Varios de estos procesos habían comenzado en los años veinte, pero en la década de 1930 se volvieron más intensos y evidentes.

En el plano político, la cuestión electoral fue una de las más importantes. A lo largo de la década, algunos dirigentes y grupos realizaron planteos de corte corporativo y proclamaron la necesidad de una reforma de la legislación electoral. Una propuesta en esta línea fue la que Uriburu intentó impulsar durante su dictadura, que sin embargo fracasó pronto ante el rechazo de los partidos, incluso de los que habían participado en el golpe del 6 de septiembre. Otra fue la del gobernador bonaerense Manuel Fresco, cuya gestión terminó con la intervención de la provincia por parte del presidente Roberto M. Ortiz, en marzo de 1940. La cuestión radical se entramó con estos asuntos de manera directa. Desde abril de 1931, como se verá más adelante, fue evidente que el radicalismo conservaba mucho de su caudal electoral, y a partir del retorno de la UCR al juego político, decidido en 1935, la aplicación a gran escala del fraude y la manipulación de los resultados electorales fueron las respuestas del oficialismo, salvo durante unos pocos años, bajo la presidencia de Ortiz. Decididamente, las cuestiones de la democracia, del radicalismo y de las elecciones estaban emparentadas.

Sin embargo, varios sectores dirigentes continuaban proclamando su apego a las disposiciones de la Constitución, a las formas republicanas y, en algunos casos, incluso a las leyes electorales, que violaban luego en los hechos. En el futuro, no pocos problemas de legitimidad tendrían su origen en esa situación.

La dictadura de Uriburu

Luego del golpe de estado del 6 de septiembre de 1930, los miembros del sector afín a Uriburu ocuparon altos cargos; contaron con el apoyo de algunos grupos de civiles nacionalistas y conservadores radicalizados —aunque ningún partido importante desde el punto de vista electoral se alineó

Desde el punto de vista ideológico, se asistía al desarrollo de varios fenómenos importantes y relativamente novedosos: una crisis de la mirada liberal sobre el mundo, que excedía el plano local y era más profunda que las anteriores; ciertas reorientaciones en las posiciones de los grupos de izquierda, varios de los cuales pasaron de la certeza en la inminencia de la revolución a la consideración de otras vías para alcanzar la reforma social; el ascenso de actitudes que, sin ser del todo uniformes ni nuevas, se proclamaban nacionalistas, en muchos casos vinculadas al catolicismo. Varios de estos procesos habían comenzado en los años veinte, pero en la década de 1930 se volvieron más intensos y evidentes.

En el plano político, la cuestión electoral fue una de las más importantes. A lo largo de la década, algunos dirigentes y grupos realizaron planteos de corte corporativo y proclamaron la necesidad de una reforma de la legislación electoral. Una propuesta en esta línea fue la que Uriburu intentó impulsar durante su dictadura, que sin embargo fracasó pronto ante el rechazo de los partidos, incluso de los que habían participado en el golpe del 6 de septiembre. Otra fue la del gobernador bonaerense Manuel Fresco, cuya gestión terminó con la intervención de la provincia por parte del presidente Roberto M. Ortiz, en marzo de 1940. La cuestión radical se entramó con estos asuntos de manera directa. Desde abril de 1931, como se verá más adelante, fue evidente que el radicalismo conservaba mucho de su caudal electoral, y a partir del retorno de la UCR al juego político, decidido en 1935, la aplicación a gran escala del fraude y la manipulación de los resultados electorales fueron las respuestas del oficialismo, salvo durante unos pocos años, bajo la presidencia de Ortiz. Decididamente, las cuestiones de la democracia, del radicalismo y de las elecciones estaban emparentadas.

Sin embargo, varios sectores dirigentes continuaban proclamando su apego a las disposiciones de la Constitución, a las formas republicanas y, en algunos casos, incluso a las leyes electorales, que violaban luego en los hechos. En el futuro, no pocos problemas de legitimidad tendrían su origen en esa situación.

La dictadura de Uriburu

Luego del golpe de estado del 6 de septiembre de 1930, los miembros del sector afín a Uriburu ocuparon altos cargos; contaron con el apoyo de algunos grupos de civiles nacionalistas y conservadores radicalizados —aunque ningún partido importante desde el punto de vista electoral se alineó

allí-, y de sectores militares, minoritarios en la institución. Ese conjunto intentó en principio una salida de perfiles corporativos, que incluía la reforma de la Constitución Nacional y de la legislación electoral; tales proyectos, aunque anunciados, no fueron delineados con precisión. Algunas posiciones de estos sectores, así como la formación de agrupaciones militarizadas —Legión Cívica, Legión de Mayo, Liga Republicana—, los aproximaban sin dudas al fascismo europeo, pero otras los alejaban en parte de este modelo, ya que los grupos argentinos entendían que la clave para la construcción de una sociedad ordenada jerárquicamente era el ejército. La institución militar, que se había transformado en un elemento relevante para la definición de la ecuación política, era la pieza central del proyecto uriburista, mucho más que unas masas disciplinadamente movilizadas en torno al partido único, al estilo del fascismo italiano.

Las elecciones luego del golpe

Junto a los partidos, algunas agrupaciones que se proclamaban independientes apoyaron la candidatura de Justo. Fueron activas, en particular, en la Capital Federal.



Al pueblo todo de la República!

Hace más de tres meses que la Agrupación Independiente JUAN PUEBLO viene realizando una encuesta en la población de toda la República, a fin de conocer cuál sería el ciudadano que tuviera méritos suficientes y que fuera una garantía de respeto a los sagrados postulados de la gloriosa revolución del 6 de Septiembre de 1930, para ocupar la primera magistratura de la Nación.

Según nuestros informes el candidato mejor calificado para ocupar el sitial de Jefe de la Nación es el señor General don Agustín P. Justo.

La junta de delegados que suscriben ha comprobado que el nombre del general Justo es visto con simpatía, no sólo en la masa de los ciudadanos independientes sino que también en los hombres de más prestigio dentro de las diversas agrupaciones políticas del país.

La Agrupación Independiente JUAN PUEBLO solicita de los ciudadanos honestos y bien intencionados contribuyan protegiendo el nombre del general don Agustín P. Justo, para ocupar la futura presidencia de la República.

¡A los ciudadanos independientes y a los hombres políticos de todo el país, le pedimos que reflexionen detenidamente sobre la iniciativa de la Agrupación Independiente JUAN PUEBLO!

Buenos Aires, 25 de Mayo de 1931

Tomás C. Blak

Secretario General

José M. V. Castellanos

Presidente

León Sanginetti, Silvio Giganti y Silvio Benavide

Secretarios

DELEGADOS

Buenos Aires — Tomás C. Blak, José M. V. Castellanos y León Sanginetti.
Bahía — Benavide, Benavide, Benavide y Benavide.
Bella — Benavide y Benavide.
Bolívar — Benavide y Benavide.
Buenos Aires — Benavide y Benavide.
Córdoba — Benavide y Benavide.
Rosario — Benavide y Benavide.
Tucumán — Benavide y Benavide.

SECRETARÍA GENERAL DE LA AGRUPACIÓN

Propaganda electoral de una efímera Agrupación Independiente Juan Pueblo, en ocasión de las elecciones de 1931.

741

Pero era el general Agustín P. Justo, jefe de otro de los grupos complicados en el golpe, quien contaba con la mayoría de las simpatías ideológicas y las lealtades entre los cuadros militares destacados. Justo, que había sido ministro de Alvear, disponía también de un amplio sistema de relaciones con dirigentes políticos, en particular con sectores del radicalismo. Para percibir con precisión la nueva relación de fuerzas en un escenario también nuevo, debe tenerse en cuenta que la alternativa corporativista que el uriburismo propiciaba habría de afectar no sólo al partido derrocado, la UCR, sino también a todos los demás. Eso fue lo que motivó que, a escasos días del golpe, el 27 de septiembre, se creara la Federación Nacional Democrática, donde formaron el Partido Socialista Independiente, los conservadores de la provincia de Buenos Aires y otros grupos conservadores y antipersonalistas, todos ellos favorables al golpe, pero renuentes a acompañar la salida imaginada por Uriburu.

En la misma línea de acción se sitúa la exigencia de una pronta normalización institucional que, a comienzos de 1931, un importante grupo de oficiales realizó a Uriburu. La inquietud militar continuó, probablemente alentada por Justo, aunque también actuaban oficiales yrigoyenistas que planeaban un contragolpe. Así, Uriburu debió conceder un llamado a elecciones en la provincia de Buenos Aires para abril de ese mismo año, ante la amenaza de que se produjera un movimiento militar. Severamente acotadas las posibilidades del plan inicial, el uriburismo imaginó una nueva alternativa, que consistía en llevar adelante elecciones provinciales escalonadas, para poner en evidencia el supuesto apoyo popular al proyecto presidencial, en una suerte de plebiscito en varios tiempos. En la provincia de Buenos Aires se votó el 5 de abril de 1931; estaba en juego la composición del Colegio Electoral que elegiría gobernador y vicegobernador.

Fue en ese momento cuando los dirigentes debieron tomar nota de que otra variable continuaba siendo importante en el juego político: el radicalismo. Los votos radicales fueron 218 800 frente a 187 800 votos conservadores y 41 600 socialistas; en consecuencia, en el Colegio Electoral, los socialistas definirían la situación. La UCR había mejorado su desempeño de 1930, aun sin manejar los recursos estatales a la hora del voto. Los cálculos políticos volvieron entonces a cambiar, ya que el uriburismo quedó definitivamente sin chance, y el radicalismo se convertía en un factor que debía ser tenido en cuenta, ya que a pesar del golpe, el derrocamiento y el descrédito del gobierno radical en sus últimos tiempos, quedaba demostrado que contaba con un apoyo popular nada despreciable. Finalmente, la elección de Buenos Aires fue anu-

lada en octubre, cuando ya se había convocado a elecciones presidenciales para noviembre.



La versión uriburista del golpe de Estado

En julio de 1931, durante la cena de camaradería de las fuerzas armadas, el general Uriburu pronunció un discurso en el que sostuvo que "la revolución [...] fue hecha contra un sistema y no solamente para derrocar un gobierno. No se preparó contra un partido para suplantarlo por otro, sino contra una demagogia, para que sea sustituida por un régimen orgánico que garantice el orden y el equilibrio de las instituciones, las libertades ciudadanas y la voluntad popular". A su juicio, "la revolución no fue inspirada, ni decidida ni ejecutada por los partidos políticos. La preparamos y llevamos a cabo con el ejército y la armada". Uriburu subraya lo que le parece un apoyo popular al golpe, y toma al mismo tiempo distancia de los grupos políticos: "el pueblo ha sentido y comprendido a la revolución de septiembre, mas no así los círculos que usufructúan a la política como profesionales y que creen que el país está encerrado dentro de ellos. Esos círculos pensaron que la revolución se había hecho para ellos y que debía terminar al día siguiente del derrocamiento del gobierno personalista. Reclamaron inmediatamente, envueltos todavía por el polvo del derrumbamiento, los despojos del gobierno, que era el botín que pretendían, detrás de la palabra que invocaron e invocan a grandes voces: la normalidad. Y bien: volveremos a la normalidad; es éste mi más apurado deseo y mi más vivo empeño, pues me es muy áspero el sacrificio de un gobierno difícil que no ambiciono. Pero no retornaremos a la normalidad engañosa que hasta el 6 de septiembre permitió todos los excesos de la demagogia, y que representa en el porvenir un grave peligro que puede repetirse, sino a la que estará garantizada con las reformas que constituyen el programa de la Revolución, para las que por mi parte agotaré todos los esfuerzos, a fin de que sean sancionadas".

Las citas textuales del discurso están tomadas de Tullo Halperin Donghi, *La República imposible (1930-1945)*, tomo V de la Biblioteca del Pensamiento Argentino, Buenos Aires, Ariel, 2004. ▀

Así, en los meses que van de abril a noviembre de 1931 se realizaron operaciones y movimientos intrincados, cambiantes y cruzados. Con el quiebre del uriburismo, los grupos cercanos a Justo lograron afianzar

sus posiciones en la administración. Justo se esforzaba en la construcción de su propia candidatura a presidente y no dejó de intentar convertirse en candidato del radicalismo. En este partido se había producido el retorno de algunos disidentes que años atrás habían emigrado al antipersonalismo. En tanto, volvía al país Marcelo T. de Alvear, quien, luego de unas declaraciones bastante favorables al golpe del 6 de septiembre realizadas desde Francia, había asumido una posición crítica ante la dictadura. El ex presidente llegó a Buenos Aires a fines de abril de 1931, con una actitud claramente opositora, que ratificó en una entrevista con Uriburu; en mayo se ponía a la cabeza de la reorganización del partido. Naturalmente, Alvear era un dirigente muy poderoso en el radicalismo, que contaba además con la vieja amistad de Yrigoyen.

En julio de 1931, algunos militares yrigoyenistas intentaron un movimiento armado, que tuvo como suceso central el levantamiento del teniente coronel Gregorio Pomar en Corrientes, pero la tentativa fracasó. Varios dirigentes radicales, entre ellos el propio Alvear, fueron deportados. La dictadura convocó a elecciones para noviembre, y la UCR proclamó la candidatura de Alvear, por entonces exiliado en Montevideo. Bloqueada así la alternativa radical para su candidatura, el general Justo se dedicó a construir otra base de apoyo y simultáneamente presionó para obtener del gobierno el veto a la candidatura de Alvear, que logró poco tiempo antes de las elecciones. Ante esa circunstancia, el radicalismo decidió la abstención. El recurso era extremo, ya que en los hechos significaba entregar la presidencia a Justo.

Finalmente, en las elecciones de noviembre triunfaron los electores que apoyaron la candidatura justista. Ellos provenían del Partido Demócrata Nacional (PDN) —reunión de los grupos conservadores provinciales—, del Partido Socialista Independiente, una escisión del PS, y de la Unión Cívica Radical Antipersonalista; en un hecho singular hasta el momento en la política argentina, la iglesia católica se había pronunciado a favor de esta fórmula. En segundo lugar se ubicaron las listas de la Alianza Civil, integrada por el Partido Demócrata Progresista y el Partido Socialista, que llevaban como candidatos a Lisandro de la Torre y a Nicolás Repetto e intentaban constituirse en la oposición de izquierda —una izquierda moderada y republicana— a la candidatura justista.

Varias observaciones deben realizarse en torno a estas elecciones. La primera, que en el caso del oficialismo no se trataba de una alianza estable y formalizada, sino de un acuerdo electoral entre partidos de peso muy distinto en cada provincia, y que, en general, se redujo sólo a la candidatura presidencial. Aun los candidatos a acompañar a Justo como vi-

cepresidentes fueron diversos. La segunda, que la Alianza Civil recogió parte de los votos que en otras ocasiones se habían dirigido al radicalismo, esta vez en la abstención. Luego, que el nivel de abstención fue bajo, aunque debe considerarse que la medida fue decidida muy poco tiempo antes del comicio. La conjunción de estos dos últimos fenómenos fortaleció a la oposición institucional, representada por la Alianza Civil y decidida a participar en el juego político, y llevó a que los partidos que la integraban vieran ampliada notablemente su presencia parlamentaria, mientras el radicalismo asumía el papel de oposición disruptiva por unos años, durante los cuales algunos grupos intentaron levantamientos armados con la participación de militares. El grueso del partido —a pesar de ciertas excepciones provinciales— prolongó la abstención hasta 1935. Por último, que en las elecciones de 1931 se registraron denuncias de fraude en Buenos Aires y en Mendoza; en algún caso, se trató de acciones en el marco de la contienda interna y local librada por las agrupaciones que apoyaban a Justo, que competían entre sí por el resto de los cargos en juego. Sin presencia radical y dado que la Alianza no constituía una amenaza electoral seria a escala nacional, era innecesario para el justismo apelar al fraude masivo para garantizar el resultado favorable en los comicios.

El cuadro político en los primeros años de la presidencia de Justo

Luego de las elecciones de noviembre, Justo y su vicepresidente, el conservador Julio A. Roca —hijo del ex presidente de la nación—, asumieron sus cargos en febrero de 1932. Desde ese momento y hasta su muerte, que tuvo lugar en enero de 1943, Justo sería una de las figuras decisivas en la política argentina.

Durante los primeros años de su gobierno y hasta 1935, la coyuntura política estuvo caracterizada por la abstención de la UCR y la ocasional apelación a la protesta armada por parte de algunos de sus grupos. Al mismo tiempo, la vida del partido radical continuaba a través del dictado de conferencias, la celebración de homenajes, la apertura de locales, la difusión de la prensa, la reunión de los organismos directivos. Otro de los rasgos propios de esa coyuntura fue la complicada relación entre los partidos que componían el oficialismo, cuya alianza parlamentaria, laxa e inorgánica, comenzó algo después a llamarse Concordancia. Estas agrupaciones competían por instalar a sus cuadros en el go-

bierno nacional –las situaciones provinciales estaban más definidas– y por imponer sus propias listas en las elecciones. Esa competencia fortalecía la figura de Justo, que mediaba y también decidía en última instancia, y que contaba además con el favor del ejército. Así, las agrupaciones conservadoras reunidas en el PDN, que eran las de mayor poderío electoral y presencia en las provincias, debieron resignar candidaturas y cargos ante las demás fuerzas. El otro elemento característico de los primeros años de la presidencia de Justo fue el tipo de relación trazada entre el oficialismo y los partidos de oposición parlamentaria, cuya representación había crecido de manera inusual. Aunque no faltaron crisis y disputas, esa oposición participaba de las actividades del Congreso y, en consecuencia, tenía con el oficialismo un terreno común, aun para la discrepancia. En la abstención, el radicalismo se veía compelido a imponer de forma diferente el orden político reinante.

Los radicales: el retorno y el fraude

Aun con tropiezos, desde poco después del golpe de 1930 la UCR avanzaba en su reorganización. A su vez, la fecha del 5 de abril de 1931 quedaría como la de una epopeya para la militancia radical, incluso luego de levantada la abstención. Hipólito Yrigoyen, que en los primeros tiempos luego del golpe había sido encarcelado en Martín García, donde pasó más de un año sin ser procesado, continuaba ejerciendo un liderazgo crucial en el partido. La dirección de la UCR estuvo al tanto y en algunas ocasiones favoreció los levantamientos planeados en estos años, que o bien fueron descubiertos y desactivados, o bien fracasaron desde el punto de vista militar. Vistos desde hoy, resulta evidente que tenían pocas posibilidades de triunfo. Sin embargo, a pesar de las derrotas, esas rebeliones y la represión que las seguía –que en algunos casos terminó con centenares de activistas de base en prisión, junto a dirigentes como Alvear, Yrigoyen, Ricardo Rojas, antiguos ministros, gobernadores o parlamentarios– tenían el efecto de ratificar la identidad partidaria y activar elementos propios de la religión cívica que en parte era el radicalismo, circunstancia de alguna utilidad para el partido en tiempos en que, por propia decisión, no participaba de las campañas electorales. La muerte de Hipólito Yrigoyen, ocurrida el 3 de julio de 1933, fue también la ocasión de mostrar cómo funcionaban los mecanismos identitarios del radicalismo: la movilización fue masiva y, por tramos, la multitud llevó a pulso el ataúd. No obstante, en el largo plazo, este tipo de fenómenos tenía efecto, fun-

allí, contra la posición de las autoridades nacionales, el radicalismo provincial decidió participar de las elecciones de renovación de la Cámara de Diputados de la Nación. El gobierno de Justo se preocupó por garantizar la libertad de la elección como elemento de propaganda ante la opinión pública, y el radicalismo tucumano se alzó con la victoria. Claro que el número de diputados nacionales que se elegían en aquella provincia no ponía en riesgo la mayoría oficialista, de manera que Justo podía permitirse ese gesto sin pagar mayores costos al momento de contar los diputados propios y los ajenos.

Ante una situación en la que cualquier salida entrañaba un riesgo, la dirigencia radical decidió la vuelta al ruedo electoral en 1935, trastocando el panorama. En enero de ese año, con la oposición de los grupos que decían recuperar los principios de Yrigoyen e insistían en la necesidad de no convalidar el sistema participando de él, se decidió el levantamiento de la abstención.

Algunos activistas de los sectores opuestos a esa decisión fundarían luego FORJA, una agrupación de intelectuales y cuadros políticos más que una línea interna con peso electoral. Arturo Jauretche, Homero Manzi, Jorge del Río, Gabriel del Mazo y Luis Dellepiane formaron allí, y Raúl Scalabrini Ortiz fue una figura clave en el grupo. Se definían yrigoyenistas y hacían del antiimperialismo una cuestión central, en coincidencia parcial con agrupaciones como el APRA, ya mencionado en el capítulo 3, que el dirigente peruano Víctor Haya de la Torre había fundado en 1924 con la aspiración de constituir un frente de trabajadores manuales e intelectuales latinoamericanos. En el caso de FORJA se trataba de un antiimperialismo que denunciaba la dependencia económica y política de Inglaterra, en lo que constituía una nota diferenciada del antiimperialismo de la década anterior, particularmente sensible al avance norteamericano sobre el resto del continente. Durante la segunda mitad de los años treinta y hasta la aparición del peronismo, los forjistas desplegaron una intensa tarea de propaganda, organizando reuniones y conferencias, publicando folletos, denunciando a figuras del partido en ocasión de las reuniones de los organismos directivos. Tenían grupos de activistas en varias ciudades, y algunos militantes de peso en el movimiento estudiantil. Con pocas excepciones, asumieron una posición fuertemente neutralista ante la Segunda Guerra Mundial. También otros sectores, más inclinados que los forjistas a librar la disputa electoral interna dentro del partido, fueron críticos de la línea política decidida por Alvear y las autoridades; su espacio crecía o menguaba de acuerdo con lo exitoso de la línea oficial y más adelante confluirían en la llamada "intransigencia".

De todos modos, como había ocurrido en las décadas anteriores, en gran medida el radicalismo continuaba siendo un agrupamiento de estructuras provinciales que lograba acordar algunas posiciones compartidas en los organismos de dirección nacionales. Lo que quizá fuera novedoso en estos tiempos era el hecho de que varios grupos de intelectuales y dirigentes observaron esta situación, la concibieron como un problema e intentaron, desde distintas perspectivas, estabilizar un cuerpo de doctrina y consolidar la estructura del partido para resolverlo. Fruto de esos esfuerzos fue el primer programa formalizado de la UCR, que se presentó en 1937 como plataforma electoral para las elecciones presidenciales.



FORJA y su visión del radicalismo

En junio de 1935, dirigentes e intelectuales radicales fundaron la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, uno de los grupos que cuestionó la línea oficial del partido en nombre del yrigoyenismo, la intransigencia y el "auténtico" radicalismo. Hacia enero de 1936, en ocasión de la convocatoria a elecciones internas en el partido, la agrupación sostenía:

"Levantada la abstención, quebrantada la intransigencia, el radicalismo amenaza derivar en una fuerza utilitaria que, degenerando en una nueva facción politiquera, se confunda con las que actualmente usufructúan el poder, haciendo peligrar con esto el resurgimiento de la democracia argentina [...].

Ya FORJA ha denunciado tales intentos como parte de un plan destinado a obtener la pacificación del país, favoreciendo los propósitos del capitalismo extranjero colonizador, para el total dominio de los resortes económicos y morales del pueblo, suprimiendo el peligro de la rebeldía popular emancipadora, que el radicalismo representa en tanto sea auténtica expresión de la tradición revolucionaria argentina. El electoralismo se propone lograr la disgregación de la UCR, federalizándola en intereses de distrito", continuaba argumentando, lo que impediría la realización de los "fines de la reparación nacional", que para la agrupación son "la restauración argentina sobre la base de la soberanía popular; la emancipación económica y cultural del pueblo y el imperio de la justicia social".

Las citas están tomadas de Miguel Ángel Scenna, *FORJA. Una aventura argentina (De Yrigoyen a Perón)*, Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1983. ▀

Con el radicalismo reintegrado al juego electoral, a lo largo de 1935 y 1936 tuvieron lugar elecciones de gobernadores en algunas provincias y de diputados nacionales; los candidatos radicales tuvieron un buen desempeño. Las gobernaciones de Entre Ríos, Tucumán y Córdoba fueron para ellos, y en el Congreso constituyeron un bloque muy importante. Si bien en esas provincias se votó con ciertas garantías, en la de Buenos Aires, por ejemplo, ya a fines de 1935 el voto cantado y el fraude abierto llevaban a la gobernación al conservador Manuel Fresco. En las elecciones legislativas de 1936 las denuncias de fraude fueron también muy extendidas, pero, a pesar de todo, la oposición conquistó la mayor parte de los escaños. Los éxitos radicales alertaron al oficialismo, que comenzó a instrumentar diversos procedimientos para garantizar que las elecciones presidenciales de 1937 quedaran en sus manos.

Las elecciones de 1937

Varios de aquellos mecanismos tuvieron como objetivo el control de las provincias, que continuaban siendo las jurisdicciones donde, efectivamente, tenía lugar la elección. Buenos Aires estaba garantizada para el oficialismo, dado que su gobernador era Fresco; en tanto, Santa Fe fue intervenida. Para no correr riesgos, poco antes de celebrarse los comicios de 1937, el gobierno hizo aprobar en el Parlamento una reforma de la ley electoral, que eliminaba la lista incompleta para los miembros del Colegio Electoral que elegiría al presidente. Así, quien triunfaba en el distrito se alzaba con todos los electores. En noviembre de 1937, varios procedimientos –fraude encubierto, fraude abierto, voto cantado, intervención policial– dieron el triunfo a la fórmula oficialista integrada por Ricardo Ortiz, radical antipersonalista, y Ramón Castillo, conservador de Catamarca, frente a la fórmula radical encabezada por Alvear.

Así las cosas, la situación volvía a complicarse para el radicalismo. La decisión de la dirección partidaria, que señaló el levantamiento de la abstención y la estrategia posterior, había parecido al menos parcialmente exitosa a lo largo de 1935 y 1936, pero, vista en cambio desde la derrota –aun fraudulenta– de 1937, exhibía más flancos débiles y alentaba las voces de los disidentes. Para el oficialismo, la apelación al fraude tenía el costo de la crítica de sectores amplios de la opinión pública. El dilema ante la elección de 1937 para el oficialismo había sido el siguiente: o se respetaban las reglas de juego, permitiendo una com-

petencia libre que muy probablemente terminaría en una victoria de la UCR y en el consecuente alejamiento del poder, pero con la gobernabilidad medianamente consolidada, o se aplicaba el fraude a gran escala para controlar la sucesión presidencial, poniendo en evidencia la ilegitimidad de origen del gobierno que vendría a heredarlo. Estaba clara cuál había sido la opción. En febrero de 1938 asumía la fórmula oficialista, integrada por Ortiz y Castillo.



Tapa de *Caras y Caretas* en alusión a los rumores de posible fraude en las elecciones nacionales de 1937.

La presidencia de Ortiz

Roberto Ortiz fue el candidato que Justo, árbitro en la coalición oficialista, sostuvo en las disputas internas. En cambio, el vicepresidente, Ramón Castillo, fue impuesto por los sectores conservadores. Ortiz provenía del antipersonalismo, que no era el partido electoralmente más poderoso del oficialismo. El nuevo presidente tampoco tenía arraigo dentro del ejército y dependía del apoyo de Justo para contar con esa institución. Es altamente probable que el cálculo de Justo fuera que la

presidencia de Ortiz constituía la mejor apuesta para su propio retorno, en las elecciones de 1943.

Sin embargo, la política de Ortiz reveló mayor autonomía que la prevista. Si bien al comienzo de su presidencia desestimó públicamente las denuncias generalizadas de fraude en las elecciones de diputados celebradas en marzo de 1938, un año más tarde, a comienzos de 1939, el presidente anuló unas opacas elecciones de diputados que tuvieron lugar en San Juan, y en febrero de 1940 intervino la provincia de Catamarca, territorio de origen del vicepresidente Castillo, también por cuestiones electorales. En tanto, en septiembre de 1939 había comenzado en Europa la Segunda Guerra Mundial, cuyo impacto en la política argentina sería notorio. Se ha conjeturado que el cambio que Ortiz imprimió a su política hacia el fraude obedecía tanto a la disputa con los grupos conservadores que respaldaban a Castillo como a una convicción, fundada en su antigua pertenencia al radicalismo, de que aquel dilema sólo podría quebrarse al garantizar la libertad de las elecciones. En cualquier caso, Ortiz pasó a encabezar una campaña contra el fraude, que tuvo en la intervención a la provincia de Buenos Aires su máximo capítulo. Allí, en febrero de 1940, se celebraron elecciones para gobernador, y en marzo tuvieron lugar las de diputados nacionales. El gobernador conservador Manuel Fresco, que proclamaba tanto su apego al voto cantado como al fraude, decidió asegurar en las primeras el triunfo de su candidato a gobernador, Alberto Barceló, a través de estos mecanismos. Ante las presiones del Poder Ejecutivo y de varios medios de prensa, permitió la fiscalización de las segundas, y el triunfo radical que se insinuaba creó el espacio político para que, finalmente, Ortiz interviniera la provincia.

La política de Ortiz, orientada a garantizar elecciones limpias, lo alejaba de sus aliados de antaño. En el caso de los conservadores, por razones obvias; en el de Justo, porque el ex presidente veía cuestionado su liderazgo y su estrategia para el retorno. Sin embargo, los problemas de salud de Ortiz, agravados desde mediados de 1940, tuvieron un papel central en la evolución de esta historia, ya que forzaron al presidente a solicitar licencias en varias ocasiones.

Castillo y los conservadores

En septiembre de 1941, Castillo, que reemplazaba al presidente en una de aquellas oportunidades, logró organizar su propio gabinete, con fuerte presencia conservadora. De esta manera, se quebraba la política

dirigida contra el fraude, mientras el radicalismo quedaba una vez más sin estrategia adecuada, dado que todas sus expectativas se habían centrado en la política de Ortiz. La potencial restauración de las condiciones para que se llevaran a cabo comicios fraudulentos volvía a instalar dilemas conocidos para los radicales, y el Bloque Opositor, reunión de los disidentes, pasó a manifestar, ahora con más claridad, sus críticas a la conducción de Alvear.

En estado de fuerte crisis interna, la UCR perdió varios distritos importantes en los que no hubo fraude en las elecciones para diputados nacionales celebradas en marzo de 1942. Días más tarde moría Alvear, y en julio fallecía Ortiz. En esa coyuntura, la alternativa de la garantía para los comicios parecía absolutamente lejana.

Otro de los personajes destacados en la política argentina del momento, el ex presidente Justo, también vio recortada su influencia en el gobierno hacia fines de 1942, cuando se produjo el reemplazo del general Tonazzi, ministro de Guerra que le era leal, por el general Pedro Pablo Ramírez, cercano a los militares nacionalistas. Una vez más, ante la pérdida de esta herramienta decisiva para su hipotético retorno a la presidencia, Justo se aproximó al radicalismo, y ganó terreno la idea de constituir un agrupamiento opositor que comenzó a llamarse Frente o Unión Democrática. El general se transformaba ahora en adalid de la democracia e incondicional partidario de la causa aliada en la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la situación volvería a cambiar: Justo murió en enero de 1943. En tanto, los conservadores se reagrupaban y decidían que la sucesión —garantizada una vez más por la aplicación del fraude— sería esta vez para sí mismos. Robustiano Patrón Costas, senador por Salta, conservador, terrateniente vinculado al negocio del azúcar y partidario de los Aliados en la guerra, era el elegido. Esta última condición tendría un papel decisivo en los sucesos políticos argentinos por venir.

Escándalos y desprestigios

En estos años, la crisis del andamiaje institucional fue en parte el resultado de factores ya mencionados: derrocamientos, anulación de elecciones, fraudes, votos cantados que impactaban directamente en el plano electoral. Pero aquella crisis también fue alentada por otro tipo de hechos; uno de ellos fue el asesinato, en pleno recinto del Senado, de Enzo Bordabehere, senador electo por Santa Fe del opositor PDP. El

episodio tuvo lugar en julio de 1935, en el contexto de las interpelaciones y debates parlamentarios que se sucedieron luego de la firma del Tratado Roca-Runciman, que establecía importantes ventajas para el comercio y el capital británicos a cambio del mantenimiento de las compras de carnes argentinas.

Lisandro de la Torre, también senador demoprogresista, impulsó la creación de una comisión de investigación del negocio de las carnes, cuyas tareas incluían el examen de posibles maniobras ilegales de los frigoríficos ingleses, entre otras, la falsificación de documentos contables y el intento de sacarlos fuera del país. En junio de 1935, De la Torre presentó los resultados de la tarea de la comisión y denunció tanto a los frigoríficos como al gobierno por la tolerancia que demostraba al momento del cobro de impuestos y multas por infracciones. Además, Luis Duhau, ministro de Agricultura, fue acusado de vender ganado a esas mismas empresas. En una de las sesiones en las que los ministros de Justo planteaban sus argumentos, un matón de fuertes vínculos con el oficialismo disparó contra Lisandro de la Torre; el muerto fue sin embargo Bordabehere.

En la ciudad de Buenos Aires, de particular visibilidad en la política nacional, la oposición se vio enredada también en casos de corrupción con ribetes de escándalo. En 1936, varios radicales, miembros del Concejo Deliberante porteño, fueron sobornados junto a funcionarios públicos y políticos oficialistas por las compañías extranjeras de electricidad que, desde unos años antes, negociaban las prórrogas de sus concesiones. En el caso del radicalismo, la crítica a esos actos fue uno de los argumentos recurrentes de la oposición a Alvear, quien habría avalado la utilización de parte de aquel dinero en la campaña electoral de 1937.

Ya a fines del período, en 1940, otro escándalo estalló en el Congreso con la denuncia presentada por el senador Benjamín Villafañe, oficialista y antiguo y fervoroso opositor a Yrigoyen, referida a la compra de tierras realizada por el ejército en El Palomar, a precios sospechosamente altos. El ministro de Guerra, general Márquez, diputados oficialistas y radicales fueron implicados. Como corolario, Víctor Guillot, uno de los legisladores radicales involucrados, se suicidó luego de la investigación. En el juego político, el escándalo fue utilizado contra Márquez y contra el mismo presidente Ortiz, quien estaba por entonces empeñado en su campaña para garantizar elecciones limpias.

Otras formas de la intervención política

Junto a esas dimensiones de la lucha política, los intentos de intervención en las cuestiones públicas asumían también otras formas. Durante la dictadura de Uriburu, el tono estuvo dado por la restauración de la pena de muerte y una represión intensa, que incluyó el fusilamiento de los militantes anarquistas Severino di Giovanni y Paulino Scarfó, a comienzos de 1931, así como el hostigamiento a militantes obreros y activistas radicales, además de la prisión del ex presidente Yrigoyen, hecho de fuerte peso simbólico. Ya en tiempos de Justo, la prensa opositora circulaba con intensidad, los debates públicos —referidos al tratado Roca-Runciman, o a episodios europeos, entre otros— eran intensos, y los propios intentos insurreccionales del radicalismo se sumaban a ese agitado clima de discusión. Menos estruendosa que estos últimos, la movilización católica en ocasión del Congreso Eucarístico de 1934 también ganó las calles revelando una nueva presencia de la iglesia en la sociedad.

Por su parte, en numerosas ocasiones los grupos de izquierda lograron hacer circular sus publicaciones periódicas y sus libros, y algunas de estas empresas fueron muy exitosas, como la ya mencionada *Claridad*. Sin embargo, también fueron objeto de persecuciones y prohibiciones frecuentes, en particular cuando se trataba del anarquismo —ya declinante hacía tiempo— y de miembros o simpatizantes del Partido Comunista. Una ley de represión de las actividades comunistas fue sancionada a fines de 1936. En estas zonas del universo político argentino comenzaron a desarrollarse algunas acciones comunes que preanunciaban el clima de frente popular, táctica oficialmente asumida por los comunistas en 1935. A pesar de que no faltaron los intentos por concretarlos, el Frente Popular no prosperó en la Argentina; la presencia del radicalismo es un dato importante en esa cuestión. Habiendo abandonado ya la abstención, los radicales no sólo estaban convencidos de que su fortaleza electoral volvía innecesaria cualquier alianza —en la vieja línea interpretativa que concebía al radicalismo como la nación misma—, sino que buena parte de su dirigencia tenía severas objeciones ideológicas hacia el comunismo, de cuya reciente conversión al campo de la democracia, que hasta poco antes juzgaba burguesa, recelaba. Tampoco el Partido Socialista demostró entusiasmo con la alternativa del Frente Popular, al punto que concurrió a las elecciones de 1937 con su propia fórmula, mientras el Partido Comunista apoyaba la candidatura de Alvear. Entre los activistas obreros el clima de colaboración parece haber sido más intenso.

Entre los grupos vinculados a otras tradiciones, la actividad fue también muy intensa en los años treinta. Las múltiples formaciones nacionalistas, con diferencias entre sí, se mostraron particularmente dinámicas y sostuvieron periódicos, editoriales, conferencias y cursos. En los años treinta, los circuitos nacionalistas y católicos se superpusieron en muchas ocasiones, y la presencia del nacionalismo en el Ejército creció notoriamente.

Ecos de la Guerra Civil española

En 1936, el estallido de la Guerra Civil española volvió más crispado y dramático el debate político. La existencia de una vasta colonia de inmigrantes españoles, así como las relaciones intelectuales intensas —que tenían ya varias décadas de antigüedad— contribuyeron a que la guerra tuviera un impacto cierto. Entre quienes adherían a la República se encontraban tanto los grupos de izquierda como sectores de la UCR y de la militancia sindical. Campañas de apoyo y de recolección de recursos, organización de los comités de ayuda que se extendieron a casi todo el país, movilizaciones recurrentes en las ciudades, y una menos pública operación de envío de voluntarios fueron sostenidas por los partidarios de la República, entre quienes los comunistas fueron algunos de los más eficaces organizadores. Sus adversarios, con el apoyo de los sectores nacionalistas y, en líneas generales, de los católicos, replicaban con las mismas acciones, con la excepción de las grandes movilizaciones callejeras. No obstante, el impacto tuvo sus límites, ya que el conflicto local seguía siendo una disputa política y nadie se atrevía a proponer que la salida fuera la de España.

Madrid caía en marzo de 1939 en manos de las fuerzas franquistas, mientras que la Alemania de Hitler invadía Polonia en septiembre de ese mismo año. Así, al efecto de la guerra de España vino a sumarse, casi inmediatamente después, el de la nueva contienda mundial, que fue aún mayor, en particular a partir de la entrada en conflicto de los Estados Unidos y de Rusia, en 1941. A su vez, la Argentina fue uno de los destinos de los exiliados republicanos, algunos de ellos intelectuales o políticos de nota, como Claudio Sánchez Albornoz, Luis Jiménez de Asúa o Rafael Alberti.

La guerra de España

Desde el comienzo de la guerra, muchos grupos políticos y culturales argentinos, así como asociaciones de inmigrantes, tomaron posición frente a ella. Intentaron, además, campañas de apoyo y de recolección de fondos, así como menos visibles envíos de combatientes. Por otro lado, varios de ellos buscaron enlazar sus contiendas locales con las que en España libraban las fuerzas que les eran afines, una operación intelectual que sin embargo tenía ciertos límites.



“García Lorca. La primera hazaña de los facciosos.” Ilustración de Manuel Kantor, aparecida en *El Diario*, periódico publicado en Buenos Aires, el 25 de junio de 1938. ▀

El factor militar

En la primera mitad de 1943, la situación política era compleja. El radicalismo estaba en crisis luego del fin de la apertura impulsada por Ortiz, de las derrotas electorales de 1942 y de la muerte de Alvear. A su vez, la muerte de Justo complicaba la alternativa del Frente Democrá-

tico. No eran pocos los dirigentes que entendían que la salida era militar, e intentaban encontrar quien encabezara un golpe a la medida de sus expectativas. La candidatura de Patrón Costas, que el presidente Castillo había decidido para competir en nombre del oficialismo, no terminaba de convencer a las propias fuerzas conservadoras y, lo que resultaba mucho más serio para el candidato, era mirada con mucha prevención por numerosos oficiales del ejército, quienes entendían que la neutralidad ante la guerra sería quebrada de llegar Patrón Costas a la presidencia. Aquel aumento del peso de los oficiales nacionalistas, varios de ellos, además, católicos, se completaba, en ocasiones, con simpatías ideológicas por los ordenamientos políticos vigentes en los países del Eje. Sobre ella reposaba, en parte, el aprecio de la política de neutralidad, mientras que en otros casos se la sostenía por las consecuencias que, se suponía, la entrada en la guerra podría acarrear para el país.

El panorama era incierto, y el golpe militar que tuvo lugar el 4 de junio de 1943 no lo despejó, al menos en los primeros momentos, ya que las interpretaciones acerca del movimiento, sus objetivos y protagonistas fueron varias y contradictorias. Tampoco esta vez hubo resistencia alguna y el gobierno de Castillo cayó sin más. En un anuncio de que los tiempos que se aproximaban no habrían de ser serenos, el general Arturo Rawson, que en principio había sido elegido para ocupar la presidencia, no llegó a jurar; tres días más tarde, fue reemplazado por el general Pedro Ramírez.